

EDITORIAL

NUEVAS CAUSAS DE MUERTE

En el número 73-74 de ACTA MEDICA apareció un editorial con el título “¿Industrialización?...¿Cuál es el precio?; en él se llamaba la atención del lector sobre el grave daño ecológico que este proceso, llevado a cabo con criterio puramente comercialista, inhumano y contranatural, ha causado en el ambiente del planeta Tierra. Poco tiempo después la tragedia afectó centros de población cuyos habitantes murieron en gran número o resultaron lesionados, perdieron sus bienes, sus animales queridos y sólo quedó la tierra muerta, calcinada por una explosión comparable a un bombardeo feroz, o envenenada por gases como isocianato de metilo, dioxina, gas butano o algún otro de los treinta o cuarenta mil productos finales o intermedios generados por la industria y que pueden matar en fracciones de segundo por ignición instantánea de un cuerpo, o en minutos, horas y acaso en años, mediante procesos inflamatorios o degenerativos. Esto sin mencionar el grave daño genético en todo ser vivo, incluido el hombre.

Decir simplemente muerte por quemaduras o por inhalación de gases es no decir nada... Enunciados de esta clase no mueven la conciencia de nadie ni borran la velada sonrisa sardónica de los culpables. Mencionar tres o cinco mil muertos es citar sólo un número, un dato estadístico tan frío como la “burocracia de la salud” que anota la cifra y cree haber cumplido con su deber. El certificado de defunción debería decir: “muerte por inhalación de tal o cual sustancia que escapó de la industria por descuido del proceso”. Por lo demás la vida humana está pagando un pesado tributo a la industrialización que agrade toda forma de vida, a la “protección” que le brindan los plaguicidas (quinientos mil intoxicados, más de la mitad muertos, según la ONU, cada año) y a la “limpieza” que le dan los detergentes. La concentración de contaminantes en los organismos y aun en la leche materna humana rebasa todo límite de tolerancia razonable y ensombrece el futuro de la humanidad.

En ocasiones el envenenamiento abarca a una familia, un grupo de trabajadores, niños de alguna escuela, o bien se trata de todos los habitantes de una región que ni siquiera está industrializada pero recibió por el aire,

lluvia, ríos, mar o especies animales migratorias el veneno que no generó. Las instituciones de salud laboral saben que los "accidentes colectivos" frecuentemente son descuidos de mantenimiento, olvido de normas de seguridad o apatía frente al peligro. Aun se ha llegado a publicar que no es posible suspender la fabricación de un producto venenoso porque "traería desequilibrio en el mercado"... Las grandes instalaciones industriales, que antes eran símbolo de progreso, a menudo son fábricas de muerte.

Y no es que la industrialización per se cause daño, se trata más bien de que cuando se implanta en un medio falto de educación popular y tecnológica, se convierte en un peligro. Un pueblo que ignora el riesgo de construir su habitación a cincuenta metros de un tanque donde se almacenan millones de litros de un producto explosivo o mortalmente tóxico, es un pueblo suicida; ignora que no debe vivir ahí, junto a esa trampa mortal, y es deber de los gobernantes hacer respetar un área de seguridad que dé a los pobladores la oportunidad de escapar de una catástrofe.

Por ello el proceso de industrializar es complejo; no sólo implica factores económicos sino cívicos, políticos, educativos y culturales. El trabajador mismo requiere, además del adiestramiento psicomotor, una dosis de educación que lo convierta en ente responsable. Importa que sepa cerrar un interruptor, apretar un botón o abrir una llave, pero también debe saber qué clase de producto maneja, qué peligros implica, cómo evitarlos y qué riesgo corren los habitantes cercanos. Si la industrialización corre paralela a lo anterior, la muerte, invalidez, miseria y enfermedad serán mínimas. El adiestramiento y concientización de todos quienes intervienen en los procesos no excluye totalmente los riesgos de otros factores como son equipo, condiciones naturales (sequía, humedad, electricidad atmosférica, tormentas, calidad de la materia prima) pero elimina un factor que hasta ahora ha sido importante: la falta de capacitación.

Pero, ¿qué hay acerca del científico, del tecnólogo y del industrial?

Entre los primeros existe a veces ignorancia, descuido o ambas cosas... Les importa diseñar un producto o un proceso que haga la vida más bella, cómoda y amable, pero no reparan en el daño que pueden causar a la salud y al medio ambiente, que es la casa de todo ser vivo; si la iatrogenia en el ser humano es indebida, la iatrogenia ambiental resulta criminal. Conocer sólo una faceta de cualquier compuesto e ignorar el resto de sus propiedades es anticientífico. En cuanto al industrial, promover la fabricación de un producto, su almacenamiento, distribución y venta o arrojar desechos al aire, agua o tierra, a sabiendas del daño que pueden causar, merece la condena más enérgica. Lo más extraño es que pretenden ignorar que viajan en la misma nave y el día que ésta se hunda o se incendie, ellos, sus seres queridos y todos sus intereses se hundirán o incendiarán. Urge establecer normas éticas, hacer conciencia y educar.

Finalmente, cabe preguntar, ¿qué tipo de industria conviene al país con el fin de proteger la vida en sus territorios, ríos, lagos, bosques y fauna? ¿Debemos fabricar todo o sólo lo que conviene, e importar el resto? ¿Se debe aspirar a una gran industrialización competitiva aun cuando no somos capaces de producir los alimentos básicos para una población que desborda todo cálculo y ahoga toda esperanza?

No se puede descartar que dentro de algún tiempo aparezcan nuevas causas de muerte que puedan terminar con la vida del planeta. Esto aparte del cúmulo de explosivos nucleares almacenados por quienes se sienten dueños de la Tierra y de su espacio exterior.